

DONNA Y GIOVANNA DI BIAGIO

Alba

Ella odia
las mentiras;
él es experto
en ellas.



ATADOS 1

CROSS
BOOKS

Alba

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 216 y siguientes del Código Penal).

ALBA

© 2023, Donna y Giovanna Di Biagio

Corrección de estilo: Frida Béjar

Diseño de interiores: Susana Tejada López

Ilustración de cubierta: Alfredo Vitor Ayala

Diseño de cubierta: Departamento de Arte y Diseño
de Editorial Planeta Perú

© 2023, Editorial Planeta Perú S. A.

Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 704, Magdalena del Mar
Lima, Perú

www.planetadelibros.com.pe

Bajo su sello CrossBooks

Primera edición: febrero 2023

Tiraje: 1000 ejemplares

ISBN: 978-612-4414-27-5

Depósito Legal N.º 2022-12623

Impreso en Litho Mass Arte S. A. C.

Calle Nicolás Copérnico N.º 236, San Miguel

Lima-Perú, febrero 2023

PRÓLOGO

Si la perdía esa noche, jamás me lo perdonaría.

Me apresuré por el pasillo con el corazón latíendome en la garganta. Necesitaba saber que estaba bien. Solo entonces yo también podría estarlo.

Sin embargo, al abrir la puerta y encontrarla acostada e inconsciente, el miedo se coló en mis venas. Olas de culpa, agresivas pero silenciosas, se formaron dentro de mi pecho y me empujaron al centro de la habitación.

De pronto, las palabras que practiqué de camino se atascaron en mi garganta. Iba a disculparme, a decirle que la quería, a rogarle que me perdonara, pero allí, con ella totalmente indefensa, no pude contener las lágrimas que empezaron a brotar de mis ojos, a pesar de no haber llorado en años.

Tenerla cerca nuevamente había sido mi mayor sueño, pero ese no era el escenario que había imaginado. Quería ver el brillo especial de su mirada cuando nos volviéramos a encontrar, esa energía que iluminaba a cualquiera que estuviese a su alrededor.

Sin darme cuenta, una de mis manos viajó a su mejilla. Aun sabiendo que no podía escucharme, me armé de valor y dije lo que había ansiado por tanto tiempo:

—Cielo, perdóname, por favor... No sabes cuánto lamento no haber estado contigo.

El nudo en mi garganta se hizo más fuerte al saber que no podía tomarla en brazos y sacarla de ahí.

—Te prometo que esto no volverá a suceder, mi amor. Te protegeré siempre.

Tomé su mano y la llevé a mis labios. El silencio fue su única respuesta.



CAPÍTULO 1

Nunca había roto una promesa, y no empezaría a hacerlo esa noche.

Solo por ese motivo estaba sentada sobre una incómoda roca en medio del bosque, con un vaso de alcohol en cada mano y los ojos deambulando entre el resto de invitados.

Había prometido que *asistiría* a la fiesta de bienvenida, no que me *divertiría*.

Me limité a observar desde un extremo a las decenas de veinteañeros que bailaban y alzaban sus bebidas para chocarlas entre sí.

Se suponía que yo debía compartir el sentimiento que se había impregnado bajo las copas de los árboles: la idea de celebrar esa «nueva etapa» de nuestras vidas. De hecho, esa misma mañana había despertado con aquella intención, pero cuando creía que mi mayor preocupación era no saber qué estudiar con diecinueve años recién cumplidos, los errores que cometí a los dieciocho decidieron perseguirme.

—Ya vine, ya vine —dijo el culpable de que estuviera ahí—. Había una cola larguísima en el baño.

Le entregué su vaso de vuelta cuando retomó su sitio en la roca en la que estábamos sentados.

—¿Ya conociste al chico con el que me reemplazarás? —preguntó, refiriéndose al puesto de mejor amigo.

—Sí, un rubio, pero salió corriendo cuando le confesé que mi cuenta bancaria solo tiene tres dígitos.

Me codeó, riendo. Tomé un sorbo de mi tercer vaso de la noche.

—No pasó nada. Solo pensaba en lo extraño que será no estar juntos en un salón de clase. Envidio a los futuros Van Gogh con los que estudiarás.

Polo era un artista innato. Cuando lo conocí en la secundaria hacía un par de años, ya tenía claro que, apenas se graduara, estudiaría en la Escuela de Artes de Toronto. De ahí no se detendría hasta llegar al Museo del Louvre.

—Van Gogh no, por favor. El pobre se suicidó sin saber de su éxito. —Vio el cielo rápidamente, lanzó un saludo de respeto, y volvió a mí—: Aunque yo tampoco conozco a esos futuros compañeros. Estamos aquí para conocer a los tuyos. Futuros... no lo sé; Elon Musk o el de Amazon.

Bufé. Pequeño detalle de haber ingresado a una universidad cuya pensión costaba un riñón. Solo hacía falta darle un vistazo a la fiesta que habían organizado. Esos cuatro años debía centrarme en mantener la beca que había ganado para la Facultad de Humanidades, y así evitar que mi madre se endeude hasta el cuello por mi educación.

—Entonces —siguió mi mejor amigo—, no solo me vas a reemplazar, sino que lo harás con alguien millonario.

—Y probablemente más alto también.

Polo abrió la boca, sorprendido, con las comisuras dibujando los indicios de una sonrisa. Ambos medíamos un humilde metro setenta, y siempre peleábamos por quién superaba al otro.

—Eres cruel.

—Tú fuiste el que me obligó a venir aquí.

—No te *obligué*, te hice prometerlo.

—Para mí es lo mismo.

—Lo sé, lo sé. Pero pensé que al venir se te quitaría esa cara. Veo que me equivoqué.

Su tono se tornó más serio y preocupado cuando soltó la pregunta:

—¿Me piensas decir qué sucede?

Di un sorbo.

—Es solo que... —Me pasé una mano por la frente, no sabía en qué momento se había calentado tanto mi piel—. No sé, mudarme de casa, alejarme de ustedes, entrar a esta universidad. Creo que están siendo cambios más difíciles de lo que pensé. Nada más.

Todo lo que dije era cierto. Completamente. Un mes atrás estaba viviendo con mi madre y mi padrastro, cruzando la calle para

visitar a Polo, haciendo videollamadas semanales a Vancouver para hablar con mi *nonna*, y estudiando para los exámenes finales de la escuela. Aquella fue mi rutina por años. El último gran cambio que había vivido fue mudarme a Toronto con mi madre más de una década atrás. De pronto todo había vuelto a cambiar, y acostumbrarse nunca es sencillo.

Aunque no podía negar que había otra razón para mi falta de ánimo, una más pequeña e irritante, como un grano de arroz entre las sábanas.

Deseé que se contentara con mi respuesta noventa por ciento real.

—De acuerdo... —Me vio suspicaz, antes de suspirar y pasarme un brazo por los hombros—. Yo también te voy a extrañar.

—Lo sé. —Apoyé mi cabeza en la suya, y sus ondas castañas me rozaron la frente.

Vimos la fiesta unos instantes. Solo dos espectadores estudiando la obra. Tal vez Polo veía un escenario que podía pintar, con tonos verdes y negros para lograr las sombras que creaba la noche; yo veía un futuro incierto.

La música sonaba hasta perderse entre los árboles, seguida de parejas que parecían buscar un momento a solas. En medio, la mayoría bailaba sobre un improvisado tabladillo de madera. Los que no, hablaban en los alrededores, como nosotros. No había una sola persona que no tuviese un vaso o una botella de cerveza en mano. Ni siquiera los que estaban cerca de la fogata parecían considerar el peligro que podía significar tener tan cerca el alcohol del fuego.

Mi amigo, que hasta ese momento estaba frotando mi hombro tratando de reconfortarme, detuvo su acto lentamente. Supe que diría algo. Por eso no me volví a verlo.

—Es él, ¿no? ¿Acaso te está molestando?

No quería responderle, pero el alcohol funcionaba como gasolina para las respuestas impulsivas y las malas decisiones. Las palabras estaban por escapar de mis labios cuando su teléfono empezó a sonar.

—Es Catalina —leyó el nombre de la pantalla, que al lado tenía un corazón rojo—. La puedo llamar en un rato.

—¿Qué dices? Sé un buen novio y contéstale.

Lo empujé fuera de la roca.

—No hemos terminado de hablar...

—Tenemos toda la noche. Tú habla con ella, que sé que necesitas tu dosis de amor, y yo iré por otros tragos.

Lo pensó unos segundos, sí que lo hizo, pero después asintió y tomó la llamada.

—Aquí en diez minutos —murmuró. Luego se alejó y lo último que escuché fue un «Hola, corazoncito».

Reí. No llevaban juntos ni dos meses, pero Polo ya estaba enamorado hasta las narices. De seguro hasta le había dicho que la amaba; era así de intenso.

Cuando me levanté, sentí un fuerte mareo y trastabillé. ¿Acaso ya me había hecho efecto el alcohol? No había bebido lo suficiente. Sacudí el rostro, como un cachorro secándose las mejillas, y puse todo mi peso sobre mis pies. Ahora sí.

Rodeé la marea de universitarios para acercarme a la barra. Porque sí, había una barra. Nada como las fiestas a las que solía ir, en las que tenías que llevar tu propia botella y esconderla en un gabinete del baño para que solo los que habían pagado por ella pudiesen gozarla. Al llegar, le devolví al barman los vasos de antes y pedí dos de lo mismo.

Apoyé mis brazos, uno sobre otro, y la extraña sensación de estar bajo la mirada de alguien se apoderó de mí. Volteé en busca del par de ojos que sentía que me observaban, pero no lo encontré. Pensé en prolongar mi búsqueda, cuando el ingreso de una llamada me distrajo. Leí el nombre del remitente por tercera vez en la noche. Colgué inmediatamente ignorando el tonto escalofrío que me recorrió el cuerpo.

Polo tenía razón. Sí me estaba molestando.

Me entregaron las bebidas, bebí la mía de dos sorbos, y me alejé solo con la de mi amigo.

Ahora, ¿dónde estaba esa roca?

Llevaba tres pasos cuando un ligero mareo empezó a hacerme cosquillas en la cabeza y me maldije por tener cero resistencia al alcohol. «Tal vez debo ir al baño a refrescarme», pensé, pero no fue hasta que empecé a caminar que mi alrededor comenzó a dar vueltas.

Seguí el camino de madera que llevaba a la entrada del bosque, sintiendo cada pisada menos firme que la anterior. Tuve que ir más lento.

El peso de la cabeza empezó a vencerme. Sentía escalofríos en todo el cuerpo. Nunca había tenido taquicardia, pero en ese momento, o tenía eso o mi corazón había enloquecido.

¿Qué me estaba pasando?

Apoyé mi mano sobre un árbol, buscando estabilidad. Antes de darme cuenta, el vaso de plástico se deslizó entre mis dedos. Supe que alcanzó el suelo cuando gotas frías me salpicaron en los tobillos.

Mis párpados empezaron a pesar toneladas, y tuve que esforzarme por mantenerlos abiertos. Me fijé en mi entorno, buscando reconocer mi alrededor para saber que seguía en la tierra de los vivos. Solo pude ver a un chico que hablaba por teléfono mientras caminaba de un lado para otro. Decidí quedarme de pie ahí, esperando que esa horrible sensación desapareciera.

Consideré pedirle ayuda, pero el miedo de que pudiera hacerme algo me detuvo.

Mi corazón seguía latiendo desenfrenado, los árboles se movían, el chico giraba en círculos hasta que de repente frenó en seco.

Guardó su celular, y se dio la vuelta.

Al ser los únicos ahí, sus ojos se conectaron directamente con los míos.

—¿Nadie te enseñó a no escuchar conversaciones ajenas?

Quise hablar. Aclaré mi garganta e intenté dejar de sostenerme, pero mi visión empezó a distorsionarse.

—¿Estás bien? —Lo oí más cerca. Su tono de voz había cambiado.

—Mmm... —Me pasé una mano por la frente y esa vez hallé gotas de sudor. Mi cabello se adhería a las partes húmedas de mi rostro y mi cuello empezaba a arder.

—Hey, hey. ¿Qué pasa? —Con una mano, el desconocido me sostuvo del brazo.

No había forma. Me tensé e incliné el cuerpo hacia atrás para romper el contacto.

—Suel... Suéltame.

No sabía qué planeaba hacer o por qué se acercaba a mí, pero estaba segura de que sería incapaz de huir si hacía falta. No tenía control de mi cuerpo, lo que me dejaba a su disposición y a la de cualquiera.

—No te voy a hacer daño. —Alzó las manos, o eso creía, pues no veía más que siluetas borrosas—. Quiero ayudarte. Mi nombre es Derek, ¿cuál es el tuyo?

A pesar de sentir que mi cuerpo había triplicado su peso, di un paso atrás. Fue un error, ya que solo logré dar un traspie. Él me sostuvo por los codos, sin que yo pudiese hacer algo para impedirlo.

—¿Cómo te llamas? —Su voz parecía estar bajo el agua. El mundo se desdibujó y manchas oscuras se empezaron a apoderar de él—. Hey, ¿has venido con alguien? —alzó la voz y me tomó la cara entre las manos—. Vamos. —Me sacudió—. Dime algo.

—Ava —logré articular mi nombre antes de que su rostro se desvaneciera completamente y fuese reemplazado por la oscuridad.



CAPÍTULO 2

Me encontraba en un limbo, columpiando entre la realidad y la inconsciencia. ¿Había gente a mi alrededor? Oía voces. Dos o tres. Pero era imposible descifrar lo que decían.

Podía apostar que mi cerebro había desaparecido y que arena húmeda había ocupado su lugar. ¿Por qué me pesaba tanto la cabeza? Ni siquiera los párpados me respondían. Quise abrirlos cuando sentí la mano de un tercero hacerlo por mí, abriendo mi ojo derecho, seguido de una fuerte —e insoportable— luz blanca que me cegó.

—Oye... —me quejé. Jamás había escuchado mi voz tan áspera. La luz pasó al ojo izquierdo unos instantes antes de apagarse.

Sentí un pinchazo en el interior del brazo y alguien más evitó mi impulso de contraerlo.

—No se mueva, por favor.

—¿Qué está pasando? —pregunté, esforzándome por comprender mi entorno.

Había dos personas sobre mí, vestidas con indumentaria de hospital. Actuaban deprisa, y hablaban más entre ellas que conmigo. Una acababa de retirar una jeringuilla de mis venas —habría sentido un escalofrío si estuviese en control de mi cuerpo— y la otra estaba preparando una segunda para mi otro brazo.

¿Aún podía avisar que me daban miedo las agujas?

—Está en el Hospital General de Toronto, señorita. Preocúpese por descansar, por favor, y déjenos hacer nuestro trabajo. —Acto seguido, me clavaron la segunda aguja.

Me dijeron que volverían en un rato a hacerme preguntas y que reposara. Supe que se habían ido cuando dejé de oír ruido; incluso el pitido que tenía en los oídos se tranquilizó al cabo de unos minutos. Bajé la mirada, acto del que me arrepentí al instante, y seguí el tubito delgado que salía del interior de mi codo hasta una bolsa transparente que colgaba al lado de la camilla.

¿Cuándo llegué allí? ¿Cómo?

El reloj que estaba en la habitación me dio la primera respuesta: 00:48. No podía llevar ahí más de una hora. El resto lo resolvería después. Estaba exhausta y solo podía pensar en que esa camilla se sentía mucho más cómoda de lo que realmente era.

Estaba sola, en una habitación de hospital con los brazos agujereados y una fuerte necesidad de dormir. «Cinco minutos», me dije, «solo cinco».

Cuando abrí los ojos, ya con mucha más facilidad, el reloj me demostró que habían sido algo más de veinticinco.

Quise levantarme, pero, *Madonna*, mejor no.

—Hey, hey, con calma —dijo una voz muy familiar.

Mi mejor amigo se sentó a mi lado en el delgado colchón.

—¿Polo? —cuestioné. ¿Seguía tan mal que lo estaba imaginando?

—Dios, Ava. Me diste un susto espantoso. ¿Qué fue lo que pasó? ¿Cómo te sientes?

Me examinó fijamente, preocupado. No sería Polo si no se preocupara como un pajarito que teme saltar del árbol, caer y morir por no saber volar.

—Siento que un auto me ha pasado encima. —Mi voz arañó tanto mi garganta que añadí—: Y muero de sed.

Polo se acercó a la mesilla donde descansaba una pequeña jarra y me alcanzó un vaso lleno de agua, aunque solo pude tomar un sorbo. El ingreso de una doctora me interrumpió.

—Buenas noches. O días —se corrigió, acercándose a mí con una suave sonrisa—. Soy la doctora Montand, me alegro de verla en mejor estado. —Sacó una pequeña linterna del bolsillo de su

bata y la apuntó a mis ojos de nuevo—. Le haré algunas preguntas. Contésteme con total honestidad, por favor.

Asentí por inercia —aún no entendía qué estaba pasando— y ella guardó la linterna, solo para alcanzar una ficha que se encontraba al pie de la camilla.

—¿Me podría decir su nombre completo?

—Ava Muller.

—Handersen —habló Polo, y me volví a él de inmediato. Noté las disculpas escritas en sus ojos, pero se encogió de hombros ligeramente—. Dijo nombre completo.

Tomé aire hasta llenar mis pulmones.

—Ava Handersen Muller —murmuré.

Si a la doctora le pareció extraño ese intercambio, no lo demostró. Solo leyó algo de la ficha y pasó a la siguiente pregunta:

—¿Suele consumir drogas sintéticas?

De acuerdo, al menos entendí la otra pregunta.

—¿Q-qué? Yo no...

—¿O anoche fue su primera vez? —continuó, con calma.

Repetí un *qué*, ahora inaudible. La primera y última vez que probé un cigarro de tabaco lo había odiado. ¿Qué haría yo con drogas sintéticas?

—Yo no me drogo.

—El joven mencionó que venían de una fiesta. ¿Es eso cierto?

¿Joven?

—Sí —respondió mi amigo—, hubo una fiesta de nuevos ingresantes a la universidad.

La doctora asintió, más para sí que para nosotros.

—¿En algún momento descuidó su bebida? —preguntó, esa vez con más cautela.

Empecé a comprender a dónde iba con esas preguntas y no me gustó nada el resultado.

—No... No lo sé. No estoy segura de si... Espere, me estoy poniendo nerviosa. ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué hay en esa ficha que tanto ve?

La doctora levantó la mirada y descansó sus ojos cálidos en los míos.

—Tomamos una muestra de su sangre y, junto con rastros de alcohol, encontramos MDMA, una droga alucinógena y estimulante. Coloquialmente, es más conocida como éxtasis. Hemos... —siguió hablando, pero yo me quedé en esa palabra que empezaba con E y que solo había visto en películas americanas.

Había escuchado del éxtasis. Yo no lo consumía. Repudiaba y les temía a las drogas en niveles iguales. Había una sola forma de que hubiese entrado en mi cuerpo...

—¿Está insinuando que metieron algo en mi bebida? —susurré, estremeciéndome.

Esas situaciones las había visto antes en las noticias, eran más comunes de lo que me gustaba pensar y odiaba admitir. Pero vivirlo...

—¿No se supone que el éxtasis es para estar *extasiado*? —exageré el término—. Sentí todo lo opuesto.

—Lo más probable es que haya tenido una reacción adversa. En vez de la esperada sensación de energía y felicidad, puede provocar escalofríos, sudoración, náuseas, pérdida de consciencia, entre otras peores.

Sí, sí, sí, casi, y por suerte no.

—Yo no sabía...

—No es culpa suya —me aseguró, comprensiva, con una linda sonrisa—. Lamentablemente no es la primera vez que vemos un caso así. Nunca falta alguien que quiere *animar* una fiesta y cree que esta es la mejor opción. Lo bueno es que llegó aquí rápido y se pudo prevenir alguna desgracia. —Cerró la ficha—. La droga saldrá de su sistema en un par de días aproximadamente. Se sentirá fuera de lugar y tendrá molestias, como una fuerte resaca, por la mezcla con alcohol, pero con tiempo y mucha hidratación se sentirá mejor.

Revisó la vía y la bolsa de suero.

—Cuando se termine el suero, podrá irse a casa. Descanse estos días, y espero que esta noche sea solo un mal recuerdo.

La doctora salió asintiendo con la cabeza, y Polo y yo, por inercia, la imitamos.

—Dios...

Descansé la espalda sobre la camilla. Una sensación de vértigo se instaló en mi estómago. No llevaba ni una semana en la vida adulta y ya quería regresar a la anterior.

—Polo. —Giré a verlo cuando un pensamiento cruzó mi mente—. Mi madre...

—Tranquila, no sabe nada...

—Gracias.

—... todavía —agregó.

—Ni hablar. No vamos a contarle. ¿Acaso no la viste ayer cuando empacaba mis cosas?

—No fue para tanto.

—¡Parecía que me iba a la guerra!

Mi amigo suspiró y agradecí ver que estaba de acuerdo conmigo.

—Bueno, entonces no le diremos nada a Bianca. —Apoyó su mano sobre la mía—. Pero deberíamos hablar con la policía. Poner cargos.

—¿Sobre quién?

Me sentía... invadida. Vulnerable. Asqueada. Pero no tenía la menor idea de quién era el responsable. Dios, no tenía la menor idea de quiénes eran las personas que estaban allí esa noche.

—Pues no sé. Sobre todos si hace falta.

Negué con la cabeza, apoyándome en la almohada.

—No puedo demandar a doscientas personas, Polo. Ni siquiera quiero pensar en eso ahora. Me tranquiliza saber que no fue otra droga con peores intenciones.

—Ni lo digas, Ava. De solo imaginarlo me tiemblan de nuevo las manos. —Se las llevó al estómago: siempre que se preocupaba le dolía—. Lamento mucho no haber podido ayudarte, no creí que...

—Tranquilo, no es tu culpa —dije intentando calmarlo. Entonces, otra duda nació—: pero ¿cómo lo supiste? ¿Cómo me encontraste?

—Cuando tardaste en regresar, te llamé. Puedes imaginar el susto que tuve cuando escuché la voz de un chico. Me dijo que te habías desmayado y casi me da un infarto. El taxi demoró una eternidad en llegar al bosque. Nunca más iremos a una fiesta tan lejana a la ciudad —me advirtió—. Menos mal que el chico no se fue y te acompañó hasta que yo llegara.

Nuevas imágenes borrosas aparecieron en mi mente para completar la noche: salir de la fiesta, empezar a transpirar, él. La última instantánea era su rostro desvaneciéndose.

—¿Sigue acá? —Pasé los dedos por debajo de mis ojos y quedaron manchados de maquillaje—. Debería agradecerle.

—No. Se fue hace un momento

—¿Te dio su número?

Negó con la cabeza.

—No se me ocurrió pedirselo, perdona. Solo me entregó tu celular. Pero de seguro va a tu universidad. Era una fiesta organizada por alumnos después de todo.

—Puede ser. O pudo haber sido un acompañante, como tú.

Los párpados empezaron a pesarme. Me acomodé en la camilla y cerré los ojos.

—Supongo que no lo sabremos —fue lo último que murmuré antes de que el cansancio volviese a poder conmigo.